



Equinos de Nuestra Señora



HOY NECESITO
QUEDARME EN
TU CASA

ORACIÓN INICIAL Momento Caffarel

Jueves 21 de agosto de 2025

Acento del día Búsqueda y Obstáculos

Del Padre Caffarel:

“La fuente del amor cristiano no está en el corazón del hombre. Está en Dios. A los esposos que quieren amar, aprender a amar cada vez mejor, solo les puedo dar un consejo, buscad a Dios, amad a Dios, estad unidos a Dios, cededle toda la primacía. Cuanto más se abran al Dios del amor, más rica será su relación de amor. Ante ellos se abren perspectivas infinitas; su amor nunca acabará de crecer, puesto que pueden abrirse siempre más al don de Dios. Si quieren que su amor sea una llama siempre viva, que amen a Dios cada día más. El declive de tantos amores se explica por el olvido de este principio fundamental; que alejarse de Dios y pecar contra Él, es pecar contra el amor al separarse de la fuente del Amor. Negarse a Dios es negar al cónyuge su pan cotidiano: el amor. El que pretende valorar el amor miente cuando desprecia el Amor con mayúscula.”

“Y si al principio la comunicación parecía algo sencillo -era como un alivio- uno se da cuenta pronto de que la comunicación que el amor exige va mucho más lejos de lo que uno pensaba. Se trata de algo más que de conjugar el verbo amar, algo más que de intercambiar emociones, sentimientos, pensamientos superficiales; lo que hay que revelar es nuestro ser profundo, el yo íntimo, y para ello mostrarse tal cual es, con sus riquezas y sus miserias. Y esto tampoco ocurre únicamente en el momento en que es agradable recibir al otro, sino que, a cada instante, hay que disponerse a acoger la presencia, las palabras, el don del otro. La comunicación, entre aquellos que se aman, es difícil, incluso cruel a veces. Pero su crueldad es como la del educador que obliga a la persona a superarse, a liberar todo su potencial. Quien acepta comunicarse, crece interiormente. Quien se niega, se condena a la asfixia. A decir verdad, solo el amor consigue el milagro de que los que estábamos separados por muros infranqueables, desde el pecado por el cual Adán se aisló de la creación al distanciarse de Dios, nos podamos comunicar.”

Henri Caffarel. Misterio del Amor, l' Anneau d'Or, Julio 1945



Reflexión:

Dios ha puesto tal sed de amor en el corazón del hombre que este lo busca incansablemente a lo largo de toda su vida y cree poder encontrarlo de manera privilegiada en el amor conyugal, pero sólo Dios es la respuesta a esa búsqueda. Esta sed no quedará saciada totalmente por otro ser humano. Olvidamos la fuente y la buscamos allí donde ella se refleja, pero ese reflejo, incluso siendo ya una promesa, no puede substituir a la fuente verdadera.

La relación de pareja se vive en una vida plural y compleja que toca todas las aristas de la realidad y no se juega siempre en total y dichosa intimidad o en momentos privilegiados y perfectos. Con la vida en común la pareja llega a conocerse tan íntimamente que las debilidades y las manías, las “sombras” que ya se insinuaban en los primeros tiempos de la relación y cada uno había intentado disimular, se hacen demasiado evidentes. Día tras día y a fuerza de repetirse, estos defectos se hacen tan presentes que muchas veces, ocultan todo lo demás. Los rasgos excepcionales se hacen trizas ante los pequeños escollos del día a día. Esa persona, tan atractiva, que uno descubriría ávidamente al principio, está finalmente muy cerca, demasiado cerca a veces para que continúe despertando la misma admiración.

Y sobre todo, debemos cultivar un corazón lleno de misericordia, que comprende y que acepta, que es paciente y sabe excusar, que deja reposar la mirada con amor sobre la persona del otro, que para de criticar y aprende a expresar la alabanza, que reconoce la necesidad que tiene del otro y se lo dice. Es muy fácil sentirse atraído por lo que uno puede recibir; es más difícil preguntarse sobre lo que el otro necesita.

Durante esta semana, a la luz del Padre Caffarel, veremos juntos algunos aspectos esenciales sobre la oración.

Recojámonos unos instantes e invoquemos al Espíritu Santo:

«Ven, Espíritu Santo,
Enciende tu luz en nuestras almas,
Llena de amor nuestros corazones y
Fortalece nuestros débiles cuerpos con tu vigor eterno.» (silencio)



¿Por qué la oración? ¿Qué es la oración?

Escuchemos al Padre Caffarel, que nos anima a sumergirnos en la oración evocando un recuerdo de infancia:

«Sofía, acabas de cumplir seis años, yo solo tenía cuatro aquel lejano día en que mi tío José, un apasionado de la pesca, me llevó con él hasta el estanque.

La suerte le sonrió: atrapó una carpa. La puso en la pequeña cesta de mimbre a mi lado. Apenas se fue en busca de nuevas hazañas, abrí la cesta y miré a la pobre carpa agitarse con frenesí. Daba pena verla. La cogí en mis manos y, delicadamente, la puse en el agua. Las consecuencias para mí fueron algo dolorosas, pero esa es otra historia.

¿Por qué te cuento este viejo recuerdo? Porque me has pedido que te enseñe a rezar. Esta es mi primera enseñanza: rezar es lanzarse al agua, a ese océano sin orillas que es nuestro gran Dios.

Llegará un día, Sofía, y quizás pronto, en que te sentirás como pez en el agua a la hora de la oración.

El hombre está hecho para vivir en Dios como el pez en el agua...¹»

Esto es lo que intentaremos vivir cada mañana: lanzarnos al agua en ese océano sin orillas que es nuestro gran Dios.

La oración ocupa un lugar destacado en la carta de nuestro Movimiento; es uno de los puntos concretos de esfuerzo que innumerables matrimonios de equipistas se esfuerzan por poner en práctica.

A menudo oímos decir que «La oración es algo difícil». «No. Es fácil — responde el Padre Caffarel—, pero hay que conocer las reglas del juego²».

Aunque la oración es un don de Dios, una gracia que debemos mendigar humildemente, recibir algunos consejos puede facilitar nuestro camino.



Tres puntos esta mañana:

1º- ¿Qué es la oración?

La oración es un diálogo, una conversación del alma con Dios. Pero el Padre Caffarel precisa: Es «estar presente a Dios presente. Es un acto vital, que nos compromete por entero».

Él explica su pensamiento:

«Permitidme, para que entendáis mi pensamiento, evocar un acontecimiento que debe haber quedado muy vivo en vuestra memoria. Había ido a visitaros. Al abrirme la puerta, me comunicasteis que vuestra hija Mónica muy probablemente tiene meningitis, y me condujisteis a su habitación... Vuestra esposa está sentada junto a la camita, silenciosa, intensamente atenta a ese pobre rostro demacrado; a veces apartaba suavemente un mechón de pelo de la frente de Mónica; cuando la niña abrió los ojos, ella le respondió con una sonrisa que las palabras no pueden describir. Ni una fibra de su ser, ni un segundo de su vida que no esté orientado hacia Mónica.

Así sucede, o al menos debería suceder, en la oración: una orientación profunda del alma, un intercambio más allá de las palabras, que, sin descuidar la palabra, está hecho de mucho más, una atención, una presencia de todo el ser a la presencia de Dios.»

Y se entiende bien que la oración, este encuentro íntimo, supone que dejemos toda actividad para estar enteramente solo para ÉL, a diferencia de la oración que podemos vivir caminando, conduciendo.

Pero debemos añadir enseguida que no se trata de hacer un esfuerzo, ni siquiera de concentrarse, de tensarse hacia Dios como si la oración fuera ante todo obra del hombre. Un monje del siglo XX nos advierte contra esta desviación: «Os esforzáis hacia un Dios al que queréis amar, en lugar de descansar en un Dios que os ama.» (Dom Guillerand)

He aquí la palabra clave: «Descansar en Dios estando totalmente presente a Dios presente».



Cristo no dijo acaso: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados. Y encontraréis descanso para vuestras almas» (Mt 11, 28-29)

2º- Pero, ¿por qué vivir la oración?

Tres razones fundamentales:

Simply porque Dios me espera.

«El verdadero motivo para hacer oración es éste —nos dice el Padre Caffarel—: Dios me espera, Dios me llama, Dios me ama. Tiene mucho que decirme y darme, ¡voy! Pero es esencialmente por Él y no primero por mí por lo que voy. El amor solo es verdadero, bien lo sabéis, si se busca primero el bien del ser amado³.»

Esto es lo que testimonia uno de vosotros en la encuesta: «Tomo conciencia, como dice el Padre Caffarel, de que cuando me pongo en oración, el Señor está feliz, me espera y se alegra de mi presencia.»

¡El Dios de inmensa Majestad y de infinita ternura me espera, me llama, se hace mendigo de mi presencia! «Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo.» (Ap 3,20)

¿Por qué la oración? ¿No se trata más bien de vivir a lo largo del día esta relación de amor con Cristo? Sí, por supuesto, pero sabemos cuán frágil y vulnerable es toda relación de amor. Lo experimentamos nosotros, que estamos casados. Esta relación nunca se adquiere de una vez para siempre. Se cultiva, se cuida cada día. Se trata de tener momentos de intimidad, de soledad en pareja para nutrir y mantener el amor entre esposos. De lo contrario, el amor se marchita, se debilita poco a poco, e incluso desaparece.

Lo mismo ocurre en mi relación con Dios. La oración es el tiempo fuerte donde intensifico y nutro esta relación personal con el Señor. ¡Y es vital!

«Rezar es respirar, decían los Antiguos. Por tanto, la pregunta: ¿por qué hay que rezar? es estúpida. ¿Por qué hay que respirar? Pues porque de lo contrario muero. Si no rezo, sobreviene la muerte espiritual» (Kierkegaard).



¿Por qué la oración? ¡Para ser seres vivos, hombres despiertos! «La Gloria de Dios es el hombre viviente», dice san Ireneo. San Pablo nos advierte: «Ya es hora de despertar del sueño». «Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo te iluminará» (Ef 5, 14). Ahora bien, muy a menudo tenemos un corazón dormido, adormecido.

Y, sin embargo, Dios, en el bautismo, nos ha dado el don de un corazón nuevo, no la sede de los sentimientos, de las emociones, sino un corazón nuevo que nos hace aptos para entrar en relación con Él.

Pero entonces, ¿cómo es posible que tantos hombres y mujeres que han recibido este «corazón nuevo» en el bautismo vivan lejos de Dios, no lo conozcan o ni siquiera sospechen este dinamismo que hay en ellos? Sin embargo, los sacramentos son eficaces, no hay bautizado que no haya recibido este corazón nuevo, pero actúan a una profundidad que a menudo se nos escapa.

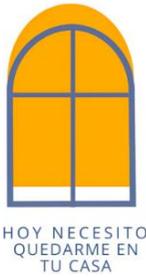
Y ahí está todo el desafío y el papel de la oración: tomar conciencia de nuestro corazón profundo, despertarlo, educarlo, vivir poco a poco a ese nivel íntimo donde Dios está, donde Dios mora.

El Papa Francisco, en su última encíclica «Dilexit nos», nos anima a «redescubrir la importancia del corazón... Porque, nos dice, la verdadera aventura personal es la que se construye a partir del corazón. Al final de la vida, es todo lo que contará» (2 y 11).

Y el Padre Caffarel llama nuestra atención sobre este punto fundamental:

«Así pues, Dios está en nosotros, en el corazón de nuestro ser. Presente, vivo, amante, activo. Allí nos llama. Es allí donde nos espera. No se trata de experiencia interior, se trata de fe: creer en la Presencia. Hacer oración es peregrinar al santuario interior para adorar allí al verdadero Dios⁴».

Si intento vivir así la oración, ¿cuáles serán sus efectos en mi vida?



3° - Los efectos de la vida de oración en nuestras vidas.

Así como hemos subrayado que la oración es del orden del amor y la gratuidad, también podemos constatar que rezar aporta grandes beneficios, ya en el plano humano.

Si la oración nos ayuda a vivir en lo más profundo de nosotros mismos, estamos menos expuestos a ser zarandeados por todas las corrientes de pensamientos y sentimientos que nos atraviesan a lo largo del día. Hay como una estabilidad que se adquiere poco a poco bajo la mirada de Dios.

Esto es lo que varios de vosotros compartís en la encuesta⁵, los cito:

«Es una alegría percibir cómo incluso nuestra pobre oración logra transformar nuestros pensamientos, nuestro humor, nuestra forma de ser con los demás, nuestra vida.»

«Me ayuda diariamente a descubrir la presencia de Dios en mi vida personal y en nuestra vida conyugal.»

«Nos aporta paz interior, paz en familia, fuerza y sentido a nuestro servicio, confianza en uno mismo para hacer frente a lo que nos sucede.»

Finalmente, «refuerza la confianza en Dios que está con nosotros en todas las situaciones y ayuda a discernir lo que es verdaderamente esencial, lo que nos acerca a Él y lo que no es importante, aunque no sea malo.»

Se verifica así la palabra de Cristo: «Buscad el Reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura.»

Esto nos anima vivamente a venir a encontrarnos con el Señor en este corazón a corazón diario, y es lo que vamos a intentar vivir ahora todos juntos.

¹ Henri Caffarel, «Piedad por la carpa», en Quisiera saber rezar, Palabra y Silencio 2015, p. 38.

² Henri Caffarel, Cinco veladas sobre la oración interior, Ed. Parole et Silence, 2004, p. 28.

⁴ Henri Caffarel, Hitos en el camino, Ed. Parole et Silence.

⁵ Testimonio encuesta sobre la oración Colegio Internacional diciembre 2024.